

Lágrimas en la Eternidad

Iván Almansa Molina

Prólogo

—Sé que es una de esas frases que siempre digo, pero nunca me canso de repetirla: lo importante al final de una larga vida no es que tengas una buena historia que contar, sino que haya alguien dispuesto a escucharla. Yo, por suerte, tengo ambas cosas.

La brisa jugaba con el humo de su cigarro, esparciendo el suave olor por todo el porche como un delicado incienso. Allí, sentado en su mecedora de madera chirriante, con su tabaco mentolado habitual, la imagen de mi abuelo era idéntica a la que tantas y tantas veces había visto. Sin embargo, el discurso que me tenía preparado esta vez era diferente. Ya había agotado durante los últimos años su repertorio de opiniones políticas, a menudo contradictorias, sus impresiones sobre el mundo actual y las banales charlas de naves de carreras. Creyó que había llegado el momento de ponerse trascendental y contarme algo más global, abstracto y menos interesante (según sus mismas palabras) como lo era su propia vida. Supongo que en un principio pensó en alargar la historia que voy a transcribir hasta donde le dejaran sus difusos recuerdos; lamentablemente aquella fue la última vez que lo vi en su querido porche, con su mecedora de madera chirriante y la brisa jugando con el humo de su cigarro. Me dejó una historia falta de detalles, narrada con saltos de un tema a otro, de un año a otro (que, para comodidad del lector, me he tomado la molestia de ordenar), pero, en definitiva, algo que merece la pena, como mínimo, estar dispuesto a escuchar.

—Es increíble como pasa el tiempo. Hace treinta y siete años estuve en la presentación del motor que llevaba en sus entrañas la aeronave VAT-920. Recuerdo lo emocionado que estaba de poder verlo, incluso tocarlo... era como tener una parte de un futuro que nunca creíste llegar a vivir delante de ti, al alcance de la mano. Fue la primera aeronave capaz de alcanzar los doscientos veinte mil kilómetros por segundo, lo más cercano a la velocidad de la luz que podía soñarse. Hoy en día no es más que una antigualla de museo. Por eso envidio los tiempos que relataba mi bisabuelo, los mismos que ahora aparecen en los libros de Historia como si hubieran tenido lugar hace cientos de siglos. Eran tiempos en los que las cosas cambiaban levemente con el paso de los años, como un árbol milenario que crece al ritmo lento y preciso que le marca la naturaleza. Los conocimientos de los ancianos eran entonces verdaderamente valiosos, ya que el saber adquirido de las generaciones anteriores era aplicable a lo que pasaba años después... no como ahora, que entre el frenesí, el estrés y la velocidad a la que avanza todo hace que nos

desactualicemos en unas horas, si nos descuidamos —soltó un par de carcajadas amargas que desembocaron en una tos apaciguada tras unos golpes en el pecho—. Todo va tan rápido que da vértigo solo pensarlo. Este mundo en el que vives ya no es el mismo en el que viví yo, y de aquí a unas décadas ya no será el mismo para ti tampoco, y así hasta que finalmente no sea el mundo de nadie, solo una esfera azul ajena a todo que gira a su propio compás.

—¿Te das cuenta de que siempre acabas tus discursos de forma deprimente?

—¿De verdad? Nunca me había fijado, aunque supongo que llevas razón. Al fin y al cabo este sermón ya me lo soltaba también mi bisabuelo, y mi abuelo, y el mundo no se ha ido al traste como vaticinaron. Al menos no aún.

—¿Lo ves? Ni una sola frase que acabe con un “oye, pues no estamos tan mal”, o “la cosa podría ir a mejor en un futuro”.

Su risa era muy contagiosa, tanto que a veces no podía contener las lágrimas. Cuando reía sus dientes perfectos (obviamente implantados, lo cual no le impedía presumir de mantener aún una muela propia) asomaban por entre sus labios como aletas de tiburón blanco.

—Para mí esto ya es el futuro. A lo que venga después deberíais llamarlo de otra manera —suspiró y volvió a sonreír, esta vez con cierta añoranza mal disimulada—. Llevo ciento dieciocho años vivo, algo que jamás hubiera imaginado. Y créeme, durante muchos de esos años he lamentado vivir tanto, me he planteado si merecía o no la pena, sin encontrar nunca una respuesta de mi agrado. Pero al llegar aquí, ahora, y verte sentado enfrente escuchando todas estas sandeces, me doy cuenta de que todo ha tenido sentido.

Murmuró algo para sus adentros y limpió con un paño los cristales de sus gafas. Siempre que lo veía quedaba maravillado por las arrugas de su cara, tan expresivas y profundas que me resultaban hipnóticas.

—¿Cuántos años tienes ya? —me preguntó— ¿Veintitrés?

—Veinticuatro desde hace un par de meses.

—Veinticuatro... perdona, sabes que soy muy malo para las fechas... Entonces tu padre tenía cuando te tuvo... sesenta y cinco años.

—Sí.

—Hay que ver lo que es la vida. Mi abuelo murió con sesenta y ocho años —permaneció un instante pensativo, absorto en sus propias cavilaciones—. En fin, hay cosas en las que es mejor no pensar.

—Bien, ¿y qué me vas a contar hoy? —pregunté por cambiar de tema.

—Todo. O al menos todo lo que me dé tiempo antes de que anochezca o de que te canses de escucharme y te largues. Así que más te vale venir preparado, porque cuando empiezo a hablar sabes que no hay quien me pare.

—Soy todo oídos.

—Perfecto, entonces presta atención.

Capítulo 1: Eternidad

—La cosa empezó, lógicamente, el día que mi madre me expulsó de su confortable interior: un doce de enero del año dos mil veinte. Al parecer fue una década maravillosa, o eso dicen los libros: el hombre pisó por primera vez Marte, se crearon los primeros sistemas de defensa espacial anti-asteroides por la amenaza del Apofis... lo cierto es que yo apenas recuerdo nada de esto. Solo puedo acordarme con cierta nitidez del lanzamiento de la tercera bomba nuclear, en el dos mil veintiocho, que causó gran conmoción, pero esa es otra historia. La edad media de la población se había elevado en las últimas décadas hasta situarse en torno a los cien años, lo que en aquella época se veía como una auténtica barbaridad.

»Los años treinta no merecen tampoco mucho detenimiento. Yo no era por aquel entonces más que un adolescente engreído que se pasaba las horas escuchando música y jugando a la consola. Todo esto no es crucial en la historia que quiero contarte, así que avancemos unos pocos años más, hasta el veintidós de mayo de dos mil cuarenta y tres, el día que conocí a tu abuela Clara.

—¿Te acuerdas del día exacto en que la conociste? Menos mal que eras malo con las fechas...

—Soy malo con las fechas recientes, las que han significado algo en el pasado no las podría olvidar ni aunque quisiera. Pero no me distraigas, que bastante esfuerzo tengo que hacer ya con no perder el hilo de mi historia. Volviendo a lo que estábamos hablando, el momento en el que conocí a tu abuela, aún con el velo de belleza que la nostalgia otorga a los recuerdos pasados, me sigue pareciendo algo bastante vulgar. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en una discoteca del centro donde el romanticismo brillaba por su ausencia: eran las cuatro de la mañana, el sitio en cuestión estaba lleno de borrachos y yonkis enganchados a esa nueva moda de las drogas-colirio, y la música no era más que una sucesión de sonidos electrónicos estridentes que parecían sacados del mismísimo infierno. No obstante, creo que fue precisamente por eso, por ser el lugar menos idóneo para enamorarse en toda la faz de la tierra, que me fijé en ella. Era realmente hermosa. No hermosa en el sentido actual al que estáis acostumbrados, esa belleza artificial que te hace aparentar treinta años cuando tienes ochenta. Ésta era una belleza real. La belleza del presente. Destacaba como una figura sobrenatural, alzándose por encima de toda la decadencia que la rodeaba. Admito que cuando la vi no pensé “he de casarme con esta mujer” o “es la chica de mis sueños”, como en las películas, pero sí que algo me impulsó a acercarme para, por lo menos, intentar hablar con ella. Y aunque no te lo creas, antes no era el ligón extrovertido

que soy ahora. No había tenido ninguna relación duradera con una mujer en mi vida por lo que, tras pasar un cuarto de hora mirándola de soslayo, ensayando posibles situaciones y formas de llamar su atención, lo único que se me ocurrió fue soltarle una sarta de palabras, acompañadas de gestos espamódicos, que venían a mezclar expresiones del nivel de “¿cómo alguien tan guapa como tú por aquí?” o “llevo un rato mirándote sin que te dieras cuenta”. Tu abuela se asustó creyéndome uno de esos bichos raros que acosan a las jovencitas en las discotecas y les echan cosas raras en la bebida.

Detuvo unos instantes su discurso mientras sacaba otro cigarro mentolado de la cajetillas y lo encendía. Sus manos temblorosas hacían bailar la llama del mechero, y se advertía en sus ojos el brillo de la melancolía, del pasado que nunca volverá pero que siempre estará ahí. Aclaró su voz y prosiguió.

—Pero ya sabes lo testarudo que soy, y esa noche no paré de agobiarla con mis cuentos, mis chistes y mis gracias hasta que no le quedó otra opción que caer rendida a mis pies. Estoy seguro de que si tu abuela te hubiera contado esta misma historia el contenido hubiera cambiado mucho con respecto a mi versión, sin embargo en esencia fue eso lo que pasó, independientemente de quién fuera el que cayó rendido a los pies del otro. Cuatro años después nos casamos, en febrero del dos mil cuarenta y siete, y dos años después nació tu padre.

—Entonces tuvisteis a mi padre con... ¿veintinueve años?

—Veintinueve tenía yo, Clara tenía veintiocho. Eran otros tiempos, ninguno de los dos sabíamos lo que aún nos quedaba por vivir, aunque es posible que el haberlo sabido tampoco hubiera alterado las cosas.

»Volviendo a la narración, el día que me llamaron del hospital avisándome de que tu abuela estaba de parto recuerdo que teníamos en el taller una de las primeras aeronaves comerciales de la historia, la IAM 680, una máquina impresionante para su tiempo: dos motores, alas plegables y un panel antigravitacional que te dejaba sin hipo... cuando nos la trajeron pensé que el día no me podía brindar más sorpresas, y fue entonces cuando un renacuajo colorado de tres kilos y medio decidió que era el momento de robarle el protagonismo a dos mil trescientos kilos de chatarra voladora. Ahora me doy cuenta, mirando en perspectiva, de que aquella fue, sin duda alguna, la época más feliz de mi vida. Todo parecía salir a pedir de boca. Incluso a finales del cuarenta y nueve monté mi propio taller, con cinco empleados a mi cargo, especializado en aeronaves comerciales. Fuimos unos visionarios, los primeros en toda la provincia en abrir un negocio de estas características.

Paró un minuto para darle intriga a lo que venía a continuación, el eje sobre el cual se sustentaría toda su vida de una forma indirecta pero decisiva.

—Y a principios del dos mil cincuenta, sin que ninguno lo esperáramos, llegó la inmortalidad. Estarás harto de leerlo en los libros, pero no está de más repasar el que seguramente haya sido “el avance”, si es que se le puede llamar así, más extraño de toda la

humanidad. Al parecer desde el año dos mil diez más o menos varias empresas privadas y gobiernos de todo el mundo habían estado investigando en secreto una fórmula que partía de una idea bastante sencilla: evitar la muerte. Sonaba ciertamente extraño, pero la gente ya no se conformaba con que la esperanza de vida aumentara año a año, ahora querían vivir para siempre. Lo que nadie se imaginaba ni en las mejores previsiones es que lo acabarían logrando. Este proyecto secreto desarrolló una técnica bastante simple en su planteamiento y casi quimérica en su desarrollo: llegados al punto en el cual los órganos son propensos a fallar, éstos se sustituyen por otros creados artificialmente y, una vez fallen éstos, se sustituirán por otros, y así infinitamente. Los órganos nuevos serían clones de los propios órganos de la persona, por lo que el proceso no era más que una puesta a punto, como si de piezas de una aeronave se tratara. Habían calculado todo con tanto detalle que el día en que un pequeño hombre escuálido, el famoso y por todos conocido doctor James Mcarthy, compareció en una rueda de prensa global para explicar el resultado de su investigación, no quedaba ningún cabo por atar. El principal problema con el que se toparon fue el cerebro, el único órgano insustituible, que requería de cuidados específicos para impedir su envejecimiento, con tratamientos muy complejos, implantes electrónicos, regeneración de neuronas... pero todo se solucionó con gran éxito. La gente anciana, los primeros en someterse a la “operación”, acudieron en masa a los pocos centros que la practicaban para evitar morir. El invento desembocó en varios altercados con las religiones y grupos minoritarios, que defendían que la única inmortalidad era la que ofrecía Dios todopoderoso. Al final, como bien sabes, ganó el ansia de poder ver amanecer un día más.

—Tuvo que ser increíble vivir todo eso.

—¡Oh! ¡Menos de lo que parece, te lo aseguro! Tu abuela y yo, al contrario que la mayoría de nuestros contemporáneos, recibimos esta grandiosa “victoria” de la ciencia con relativa indiferencia: éramos jóvenes, estábamos enamorados, nuestro hijo acababa de nacer y nuestro día a día consumía todas nuestras energías. No teníamos ni ganas ni tiempo de pararnos a pensar en lo que significaba vivir eternamente, lo único que nos reconfortaba de todo aquel bullicio mediático era la idea de poder estar siempre juntos. Eso sí, a pesar de toda la euforia a nuestro alrededor, acordamos educar a tu padre de la misma manera que nos habían educado a nosotros: con la idea de la muerte como algo real, justo e inevitable, aunque teóricamente nunca debiera, si así lo decidía, llegar a experimentarla. Te comento este detalle porque fueron muchas las familias que criaron a sus hijos sin la noción de lo perecedero, creando algo curioso e inaudito en toda la historia de la humanidad: personas que eran incapaces de concebir que un día podrían desaparecer para no regresar jamás.

Capítulo 2: Tragedia

Justo al acabar su última palabra se levantó de un salto y entró en casa con un alegre trote a por un vaso de agua. Ni me molesté en preguntarle si quería que se lo trajese yo, dadas las innumerables negativas que me había ocasionado a lo largo de los años tal ofrecimiento, algo para nada extraño ya que, pese a su edad, mi abuelo era todavía bastante ágil. El “problema” (si es que se le puede llamar así) estaba en que su opinión siempre reacia a someterse a las operaciones estéticas, a excepción de los dientes y un par de detalles más, le hacía parecer más vulnerable y débil de lo que en realidad era. Su piel lucía más arrugada que la de cualquier otro ser humano que yo hubiera visto, apenas sí tenía pelo, y el poco que le quedaba no era más que pelusilla blanca que crecía aquí y allá, sin un lugar concreto. Cuando volvió tomó de nuevo su asiento en la mecedora y encendió otro cigarrillo.

—El maldito tabaco me deja la boca seca como un zapato, pero a ver quién se atreve a dejarlo a estas alturas de la película. Procuraré que no haya más interrupciones, porque si no se nos echa la noche encima.

»Como te estaba diciendo, en su momento no reflexioné mucho sobre la idea de la inmortalidad por todas las razones que antes te he comentado. Pero, pensándolo fríamente, hubo otro factor que, de manera subconsciente, influyó en que procurara mantener el tema alejado de mi cabeza: el miedo. Algo en mi interior me llevaba a no creermelo del todo que aquella vida eterna que nos prometían pudiera ser real... sin embargo mi miedo era justo al polo opuesto, sentía pavor de equivocarme y que aquella promesa se acabara cumpliendo. Para colmo de males la gente se volvió histérica: los gobiernos instauraron nuevas leyes ante esa peculiar “circunstancia social inaudita”, aboliendo jubilaciones para los que se sometieran al tratamiento de inmortalidad y estableciendo unos controles de población muy estrictos; por otro lado los centros quirúrgicos se especializaron en esa belleza artificial que tanto os gusta ahora. Toda la gente estaba alterada y entusiasmada.

Por desgracia, esa alteración repentina repercutió negativamente en otros aspectos de la vida, sobre todo para los que, como yo, veíamos lejano el momento de preocuparnos sobre qué hacer cuando nuestro cuerpo empezara a fallar. De todas estas repercusiones negativas a mí me afectó particularmente una, si bien es cierto que tampoco es justo culpar a nadie de hechos que probablemente, de uno u otro modo, hubieran sido inevitables. Las cosas pasan porque tienen que pasar, supongo. Como ya te he mencionado, todos los gobiernos mundiales empezaron a pensar en cómo adaptar las normas existentes al nuevo entorno, algo que les impidió centrarse como es debido en otros temas de igual o mayor importancia. Uno de ellos fue el asunto de las aeronaves particulares, un mercado emergente en aquellos años y que contaba con una legislación en la que no lograban ningún tipo de acuerdo. Se debatía constantemente sobre en qué categoría englobar a los nuevos vehículos, si deberían poder transitar por los núcleos

urbanos, qué tipo de permiso hacía falta para pilotar una de esas veloces máquinas, qué seguridad debían llevar... La larga discusión trajo consigo que, durante los primeros meses en que las aeronaves se pusieron de moda y a precios más o menos asequibles, fuera posible ver auténticos disparates en las calles, con coches y naves coexistiendo de forma aparatosa. Había que sumar, además, que las naves alcanzaban hasta tres veces la velocidad de sus vehículos terrestres contemporáneos, lo que dio pie a que muchos imbéciles condujeran sus trastos voladores a trescientos cincuenta kilómetros por hora en una carretera cualquiera. Admito que, como amante de las aeronaves que soy, me pareció curiosa y hasta divertida la situación. Poder dar envidia con tu nueva nave a los antiguos que aún usaban coche fue una moda graciosa. Pero cuando te ríes con el diablo, al final vas al infierno. Un caluroso quince de agosto de dos mil cincuenta y dos tu abuela salió a hacer la compra al supermercado que había justo delante de nuestro piso. A la salida del mismo, el ala de una aeronave a ciento ochenta kilómetros por hora la golpeó de lleno, robándole la vida al instante. Tu padre tenía solo tres años y pudo ver el cuerpo inerte de su madre en el suelo a través de la ventana.

Esta vez paró de hablar por necesidad. Nunca lo había escuchado hablar de la muerte de mi abuela, y creo que era la primera vez en años que hablaba del tema con alguien.

—Nunca supimos quién fue el conductor que la mató, solo que su nave era azul por lo que dijeron algunos testigos. Quizás el asesino ni notó el golpe del ala contra el delicado y menudo cuerpo de Clara, o tal vez el malnacido no se paró por miedo a asumir su culpa. Jamás lo sabremos. Durante meses estuve esperándole, rezando porque algún día llegara con su nave azul y el ala abollada al taller para que se la arreglase, y así poder matarlo con mis propias manos. Aún hoy me persigue su silueta desconocida en sueños... Sé que no es lo más adecuado para contarle a un nieto, pero es lo que sentía en aquel momento. Supongo que siempre hay hechos en nuestras vidas que, aunque dispusiéramos de toda una eternidad, nos sería imposible olvidar. La muerte de Clara trastocó todo mi mundo, perfecto hasta ese momento. De la noche a la mañana nada tenía sentido. Ni lo bien que me iba en el trabajo, ni nuestro hogar, ni, por supuesto, la dichosa inmortalidad. Pensar en vivir para siempre en un mundo sin Clara era inconcebible, un sinsentido que ni siquiera me atrevía a valorar. Se me vino todo encima y, si no llega a ser por tu padre, dudo mucho que hoy estuviera aquí. Cuidarlo me mantuvo cuerdo, se convirtió en el único motivo que me unía a este mundo. Fue una etapa dura, aunque al menos tuve la suerte de no tomarme muy en serio lo de los trasplantes de órganos para esquivar a la muerte, ya que hubo mucha otra gente en la misma circunstancia que yo, teniendo que afrontar de la mejor manera posible la marcha de un ser querido, que no fueron capaces de asumirlo. En sus cabezas se había instalado ya la idea de la eternidad con una facilidad pasmosa. Eso llevó a que en los años sucesivos ocurrieran cosas muy extrañas: suicidios, asesinatos, atentados de grupos religiosos radicales... La vida eterna llevaba ya un tiempo implantada, y la gente la valoraba de maneras distintas y contrarias. Morir para algunos significaba algo con lo que ya no contaban, para otros

una parte de la naturaleza a la que no se puede renunciar y, para muchos jóvenes, sencillamente no significaba nada.

Capítulo 3: Realidad

Algo oprimía mi corazón con fuerza. El testimonio tan sincero de mi abuelo me incomodaba de la misma manera que si estuviera viendo o escuchando algo que no debiera. Me entristecía asomarme al alma de aquel anciano con el que solo había hablado hasta ahora de cosas como quién era el mejor corredor de Formula Aeronaves 3000 de todos los tiempos. No sé si notó el desasosiego que me recorría el cuerpo, ya que siguió con su relato con total normalidad.

—Me costó mucho tiempo superar la muerte de tu abuela, si es que se le puede llamar “superar” a conseguir dormir por las noches más de tres horas seguidas y no derrumbarme cada vez que veía una foto suya. Pero los años pasan, y no queda otra que acostumbrarse a vivir con las punzadas de dolor en el pecho como si fueran medallas de una guerra perdida. Tu padre creció ante mis ojos con rapidez, los días se sucedían, rutinarios, y los disturbios de los que te he hablado fueron serenándose. “Los inmortales” habían ganado su peculiar batalla, y poco a poco la muerte fue quedando relegada a los pobres sin dinero para pagarse el tratamiento porque no tenían para comer siquiera. Era una realidad extraña, que rozaba lo fantástico, sin apenas guerras porque no había soldados dispuestos a arriesgar su valiosa eternidad por patriotismos estúpidos, con muy pocas imprudencias o comportamientos temerarios porque nadie quería perder la vida de forma absurda, como tu pobre abuela... y, aunque todo lo que enumero eran cosas indudablemente buenas, el mundo parecía envuelto en la más absoluta frivolidad. Se instauró una mentalidad en la que daban igual las cosas que uno se dejase por hacer o los errores cometidos, porque al fin y al cabo se disponía de todo el tiempo del mundo para solucionarlos. Se creó una sociedad en la que, aunque no era posible morir, muchos de sus integrantes vivían como muertos vivientes.

»Y entonces Dios, o El Gran Arquitecto, o lo que sea que nos creara, demostró ser mucho más inteligente que esos listillos de bata blanca que creyeron dar con la fórmula de la Piedra Filosofal. Fue a mediados de la década del dos mil setenta. Rondaba yo los sesenta años por aquel entonces y estaba apunto de someterme a mi primer trasplante de los órganos más dañados por sus perfectos equivalentes artificiales. Fue una decisión difícil de tomar, pero la llevé a cabo por la simple razón de que consideré que aún me quedaban muchas cosas por ver. Tu padre se acababa de casar, el modesto taller se había convertido en la gran cadena que es hoy día, y me veía con las ilusiones renovadas después de tantos años de amargo dolor. Solo me apetecía seguir un tiempo más en este mundo sin preocuparme de cuándo debía dejarlo. Aunque una cosa era segura: antes o después iba a dejarlo. El gran alivio fue que, al poco tiempo de

tomar esta meditada determinación, fue la propia esencia del ser humano la que puso fecha de caducidad a mi existencia y a la de todos mis congéneres. Por algún motivo entonces misterioso, los primeros pacientes que se habían expuesto a la sustitución de órganos (unos treinta años antes) empezaron a morir sin razón aparente. Los análisis revelaban que todo en su cuerpo funcionaba bien, su cerebro era sano como el de un niño de doce años, sus huesos y músculos mantenidos en forma a base de terapias, drogas, injertos... Era como si una nave recién salida del taller dijera “hasta aquí hemos llegado”, y decidiera no volver a volar nunca. Una especie de obsolescencia programada inherente a nuestra especie. Al principio trataron de ocultar estas muertes en la medida de lo posible a la opinión pública mientras investigaban su causa, pero la gente no era ni mucho menos tonta, y todos fuimos testigos de como los más ancianos, llegados a la franja entre los ciento veinte y los ciento treinta años, perecían irremediabilmente. Estaba en el hospital recuperándome de la operación en la que me habían cambiado el hígado y los riñones cuando, por televisión, apareció otra vez en una rueda de prensa mundial el mismo líder del equipo de investigación que treinta años atrás había anunciado, exultante, el mayor progreso de la historia. El delgaducho James MCarthy compareció en todos los dispositivos audiovisuales del planeta para lanzar un mensaje que, según creímos al empezar la retransmisión, iba a ser de tranquilidad para una población que ya empezaba a alterarse. Cuando comenzó a hablar nos dimos cuenta de que era todo lo contrario. La imagen nada tenía que ver con la del joven y exitoso doctor que ganó, entre otras muchas cosas, el Premio Nobel, y no solo era el paso del tiempo lo que influía en su deplorable figura actual. Sus manos temblaban, docenas de gotas de sudor poblaban su frente calva y la voz vacilaba al salir, casi en un susurro, de su pequeña boca. Comenzó el discurso sacando pecho y exponiendo claras evidencias de lo mucho y lo bien que había avanzado la sociedad gracias a su trabajo, al esfuerzo que tanto él como su equipo invirtieron en tan buen fin. Supongo que en ese instante todo el mundo estaría en sus casas asintiendo con la cabeza frente a la tele con una sonrisa en la boca, aguardando el momento en que el doctor MCarthy dijera que nada había pasado, que todo iba a seguir igual y que las muertes de los viejecitos no eran más que una excepción a la regla. Los pobres necios no se esperaban (ni yo tampoco) que lo que vendría en su lugar a continuación fuera un “sin embargo”. En ese momento justo su voz directamente se desvaneció, teniéndose que agarrar al atril que tenía delante para camuflar sus temblores. El “sin embargo” fue sucedido por una ristra de términos anatómicos, químicos y fisiológicos que la gran mayoría no entendimos, y que básicamente venían a explicar con cultas y enrevesadas palabras que, llegado determinado punto en la vida de un hombre o una mujer, el cerebro deja de funcionar. Sin excepción. Este curioso fenómeno se denominó “muerte cerebral inevitable” y ninguno de los experimentos, pruebas y procesos que se habían realizado desde su descubrimiento pudo arrojar algo de luz sobre por qué ocurría o que manera había de evitarlo. Lo único que averiguaron con toda seguridad fue que el límite máximo de edad al que podíamos aspirar en las mejores condiciones era de unos ciento cuarenta años.

Para ilustrar mejor sus explicaciones puso el ejemplo de una cuenta atrás que se iniciaba una vez el cerebro se formaba y que, llegada a cero, apagaba como un interruptor todas nuestras funciones vitales. Como ya sabes aún hoy se sigue buscando alguna respuesta a este enigmático fenómeno, y todavía hay gente que no ha renunciado completamente a la idea de que la inmortalidad es posible. Pero los avances han sido mínimos, por no decir nulos.

—¿Y tú que piensas sobre todo eso de la “muerte cerebral”?

—Pues, si te digo la verdad, me lo he planteado muchas veces (como individuo totalmente ajeno a la ciencia, por supuesto) y no sabría qué contestarte. Antes he mentado a Dios medio en broma, pero quién sabe... la única conclusión lúcida a la que he conseguido llegar es que todo tiene un límite, un final ineludible. Esta “muerte cerebral inevitable”, o como quieran llamarla, solo fue el recordatorio de algo que nunca se nos debería haber olvidado. Lo que te cuento no es más que una opinión personal, has de sacar tú la tuya propia, pero estoy seguro de que negar que todos estamos aquí de paso, como quién dice, fue lo que originó los desgraciados acontecimientos que vinieron en los años posteriores, donde todo se impregnó de caos y miedo irracional. Fue como si toda la humanidad despertara de un sueño en el que había estado sumida las tres últimas décadas. El gobierno, siempre a lo suyo, volvía a tener sobre la mesa absurdas problemáticas sobre la edad de jubilación, los controles de natalidad y diversas estupideces más, mientras en la calle la gente enloquecía presa del pánico. De nuevo, se registraron multitud de suicidios, asesinatos, problemas mentales... Irónicamente las personas que habían creído con fe ciega en una existencia eterna e idílica fueron las primeras en quitarse la vida. No veían ahora el sentido de nada, puesto que habían basado su forma de razonar en un concepto que perdió todo su valor. Y otra vez, en medio de la demencia colectiva, estaba yo, con mis nuevos órganos a estrenar. Creo que fui uno de los pocos que vivió con cierto alivio la noticia. Para mí de nuevo volvíamos a ser todos iguales, una multitud de extraños con un principio y un final. Fue como si me quitara un gran peso de encima: la responsabilidad de decidir yo mismo cuándo debía morir. Bueno, en cierto modo también me alegré por Clara. Me alegraba, y todavía hoy me alegra, pensar que volveremos a estar juntos, haya lo que haya en la “otra orilla”. Y si no hay nada al menos seré feliz sabiendo que ambos hemos compartido el mismo destino.

El silencio lo envolvió todo durante unos segundos. Era un silencio pesado y reflexivo, el tipo de silencio que se origina cuando ya está todo dicho y solo queda conversar sobre los detalles superficiales

—¿Y mi padre? ¿Qué tal le sentó a él la noticia?

—Lo cierto es que se lo tomó mucho mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta que se había criado en una generación en la que muchos de sus coetáneos preferían ignorar la idea de la muerte. Yo, por mi parte, nunca le escondí dicha idea, al igual que no te la escondo a ti... lo cual no quita valor a la entereza con que lo asumí. Recuerdo que vino a visitarme al hospital por lo de los trasplantes y estuvimos comentando juntos las palabras de James MCarthy. Me confesó que él,

de forma independiente a los valores que traté de inculcarle en su educación, tampoco había creído nunca en la inmortalidad. La verdad es que no es de extrañar, es un hombre muy leído y culto. La que sí lo pasó mal fue tu madre...

¿En serio? —mi madre, en apariencia, era mucho más fuerte y decidida que mi padre, de ahí mi sorpresa — ¿Qué le pasó?

—Verás, por lo que me contó tu padre (no le digas a nadie que te lo he dicho, y mucho menos a tu madre), la pobre atravesó una mala racha de depresiones y cambios de humor. Aunque no es de extrañar. Por lo visto tus abuelos maternos no fueron tan... “preventivos” como lo fuimos Clara y yo a la hora de hablar de según qué cosas con su hija. Evitaban cualquier tema que pudiera terminar en explicaciones existenciales, e incluso se negaban a comprarle mascotas por no hacer frente al momento de decirles adiós. Si tu padre demostró fuerza y entereza, tu madre mucho más, teniendo en cuenta el desafío mental al que debía sobreponerse.

Suspiró enérgicamente y dio un aviso a Lucía, la criada de la casa, para que empezara a hacer la cena. Apuró el último cigarro de su paquete y volvió a suspirar, liberando esta vez una bocanada de refrescante humo con olor a menta.

—El resto de la historia te es más conocido: los más desesperados que no tuvieron el valor de suicidarse sirvieron para engordar las listas de las nuevas religiones y sectas que prometían la vida eterna; volvieron las guerras, las disputas, los excesos... y también volvió (para algunos) el aprender a valorar la vida como un tesoro, la añoranza de los tiempos pasados porque no habrá un futuro ilimitado para repetirlos, el manido “Carpe Diem” que lleva milenios taladrándonos los oídos... Volvimos a ser humanos, en lo bueno y en lo malo. Tuviste suerte de nacer en esta época. Lo único que espero al contarte esto es que si algún día te vistes con una bata blanca y descubres como evitar la dichosa “muerte cerebral”, te acuerdes de las palabras de tu viejo abuelo, aunque solo sea por poner un poco de sentido común en un mundo loco.

El sol se ocultaba cada vez más aprisa, tiñendo nuestro alrededor de colores anaranjados. El olor a menta se había desvanecido y ahora el aroma del pollo asado que Lucía preparaba hacía rugir nuestros hambrientos estómagos. Me invadió la pena al ver que el día ya tocaba a su fin. El gran astro rojo no era más que una pequeña coronilla asomando entre las montañas, con una aeronave de pasajeros pasando justo frente a él. El conjunto era espléndido, digno de una postal.

—Parece que va siendo hora de terminar con nuestra charla —dijo mi abuelo, con su sonrisa sempiterna grabada en el rostro—. Al final hemos acabado hablando más de Historia en general que de la mía en particular, pero bueno. Tendría que haberte contado la vez que John Lucius, el tricampeón del mundo de Fórmula Aeronaves 3000, vino al taller...

—Eso ya me lo has contado un millón de veces. Me ha parecido mucho más interesante lo que me has narrado hoy, aunque si tanta ilusión te hace la próxima vez puedes contarme lo del campeón de Aeronaves.

—No lo dudes, el próximo día te lo volveré a recordar.

Esas últimas palabras las dejó caer con un deje melancólico que yo, en aquel momento, no logré identificar. Un mes después, cuando mi padre me llamó al Campus de la Universidad para darme la triste noticia de que mi abuelo había muerto, supe que él ya sabía en el momento de la despedida que no habría una próxima vez. Vivíamos lejos y nos veíamos solo una vez cada dos o tres meses, pero de haber sabido tan bien como él el poco tiempo del que disponía, hubiera ido todos los días a verlo y a escuchar atento por millonésima vez como John Lucius, tricampeón del mundo de Fórmula Aeronaves 3000, entró al taller para pedir un cambio de aceite.

Epílogo

El funeral fue, del mismo modo que mi abuelo durante toda su vida, de una sencillez extrema. Un cura que no había visto en su vida al difunto ofició la misa, que duró una media hora eterna en la que se centró en enumerar y exaltar unas virtudes que le eran del todo desconocidas. Tuvo lugar en la pequeña ermita del pueblo de mi abuela, donde mi abuelo quería ser enterrado, junto a ella. Al terminar la ceremonia mi padre y yo, junto con algunos conocidos y amigos de la familia, cargamos el ataúd en la aeronave fúnebre que lo transportaría hasta el pequeño cementerio, un sombrío lugar casi despoblado de tumbas y rodeado de descuidados cipreses. Tras depositarlo en el nicho y tapiarlo con ladrillos y una preciosa lápida, el cura animó a los presentes a entonar una canción que no conocía ni fingí conocer. Estaba triste, afligido y, sobre todo, enfadado. Era un enfado fruto de la impotencia y la incompreensión. La última charla con mi abuelo había girado en torno a los temas de la muerte, la eternidad, el infinito... y yo le aseguré que entendía lo que me estaba contando aunque, sin saberlo, le estaba mintiendo: no tenía ni idea. Yo creía, estúpido de mí, que sí era lo suficientemente maduro como para entenderlo, aunque era ahora cuando sabía con certeza de qué me hablaba. Hasta que no estuve frente a su lápida de mármol negro con delicadas vetas blancas no pude comprender sus palabras, sus silencios, sus miradas tristes y afligidas. Ahora veía con claridad a qué se refería con eso del “preciado tesoro” que es la vida, llegué a entender la rabia y la frustración que experimentaba al pensar en la muerte de mi abuela... pero fue a partir de esa situación, frente a su discreta tumba, no antes.

Una vez acabada la ceremonia la gente se marchó rápidamente, hasta que nos quedamos solos mi padre y yo. Un viento frío crepuscular se levantaba cada vez más fuerte, moviendo las hojas de los cipreses y haciéndonos estremecer.

—Es curiosa la muerte: se espera pero sorprende, se odia pero el mundo carecería de sentido sin ella... —la reflexión y el tono de voz de mi padre me recordaron mucho a mi abuelo. Pensé en si a lo mejor yo mismo, en un futuro, acabaría pareciéndome a él— ¿Pero qué sabremos nosotros, mortales, lo que es la muerte? Solo nos queda inclinar la cabeza y rogar por

poder escapar un día más de sus implacables garras.

Las lágrimas descendían por mis frías mejillas. Intentaba no llorar, apretaba las manos con todas mis fuerzas, pero no podía evitarlo. Eran las primeras lágrimas derramadas por culpa de mi abuelo que no fueran fruto de la risa, y dolían tanto que parecían pequeños cristales afilados brotando de mis ojos. Mi padre me abrazó con fuerza y, al alzar la mirada, pude ver que por sus afilados pómulos y su nariz se deslizaban también diminutas gotas de tristeza materializada. Al liberarme de entre sus brazos se secó la cara con un pañuelo de tela. Cuando acabó me lo ofreció.

—Voy a irme ya, tu madre lleva un rato esperándome en la aeronave. ¿Tú qué vas a hacer?

—Quiero quedarme unos minutos más con el abuelo.

—Está bien. ¿Te pasarás por casa antes de volver a la Universidad?

—Supongo.

—Vale, entonces allí nos vemos. No te quedes mucho más tiempo aquí o te congelarás de frío.

Le devolví su pañuelo y, tras guardarlo, se agachó frente al nicho. Dijo unas palabras en voz tan baja que no pude oírlas, besó la hermosa piedra y abandonó el cementerio, dejándonos a mi abuelo y a mí a solas. No sabía qué hacer, así que solo me dejé llevar y me sorprendí hablando sin cesar. Mi voz era un murmullo quebrado y débil, aunque decidido, entre la fiereza del viento.

—Podrías haber tenido la decencia de decirme que te ibas a morir, o de despedirme. Podría haber seguido yendo a tu casa a escuchar toda tu historia. Podríamos incluso haberla escrito juntos, para así por lo menos tener algo que me recuerde a ti, a tus chistes... pero tuviste que irte sin avisar. En todas nuestras conversaciones siempre eras tú el que hablaba y yo el que escuchaba, ahora el que habla soy yo, aunque lo que tenga que decir no sea apenas nada. No he querido verte en el velatorio, lo siento, por lo que estas palabras que ahora te dedico son mi último adiós. Quería conservar de ti la imagen del porche, con la mecedora y el tabaco de menta, no la de un cuerpo inerte vestido de traje para la ocasión. ¡Si todo el mundo sabe que tú odiabas los trajes! No sé si te llegaste a enterar, pero esta semana salió en las noticias que están investigando un nuevo sistema por el cual es posible procesar todos los datos de nuestra mente y traspasarlos a máquinas, lo que parece ser una forma de inmortalidad sin límites. Me acordé de ti al verlo y pensaba comentártelo cuando nos volviéramos a ver, pero parece que ya no va a ser posible —las lágrimas volvieron a asomar entre mis párpados y las palabras manaban de mi boca con dificultad, como si se me atragantaran en la tráquea y costara trabajo sacarlas—. Le he estado dando muchas vueltas a lo que hablamos la última vez que nos vimos. Es cierto que la muerte es una parte inseparable de la vida y todo eso... pero entiendo a quién desea evitarla. Me horroriza la idea de dejar de existir. Y en el caso de que no dejáramos de existir y hubiera algo después, ¿no sería acaso otra vida infinita? ¿Para qué renunciar a ésta si lo que nos espera es más de lo

mismo? Supongo que son preguntas que, a pesar de tus palabras y consejos, necesitaré responder yo solo, si es que tienen alguna respuesta.

Una fuerte ráfaga de viento pasó rugiendo entre las tumbas, avisándome de que ya era hora de irme. Dejé un paquete de tabaco mentolado frente a la lápida y me despedí.

—Tengo que marcharme ya, pero quiero que sepas que, aunque no me dejaste mucho material, pienso escribir lo que me contaste. Y ni se te ocurra creer que voy a incluir la anécdota de como quiera que se llame ese tricampeón del mundo de Aeronaves. Una vez acabe de escribir lo que sea que salga del recuerdo de tus palabras, vendré a leértelo. A ver qué te parece.

Me quité un guante y acaricié la pulida superficie del mármol. Volví a ponérmelo y eché a correr hacia mi aeronave dejando, por fin, a mi abuelo descansar.

Iván Almansa Molina
14 de Febrero de 2013